

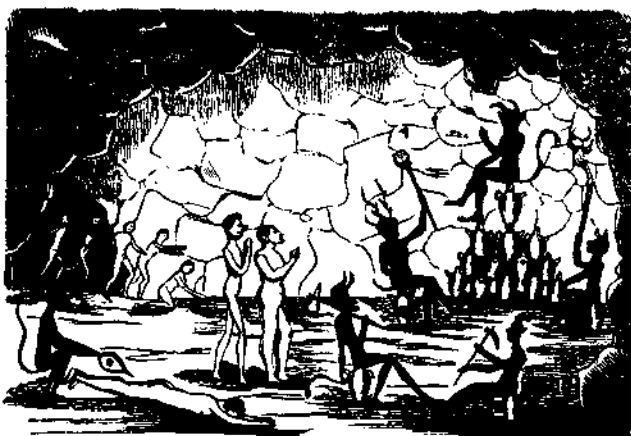
EL DIABLO,

PERIODICO DEL INFIERNO.

MADRID.

Al mes 4 rs.

Se suscribe en la redaccion, plaza de Isabel II, núm. 6; librerías de Cuesta, calle Mayor; Rodriguez, Carretas, 4; almacen de música de Carrara, Principe, 13; y en el de papel de Ruiz, Toledo, 34.



PROVINCIAS.

Trim. 16 rs.

Se suscribe en las principales librerías.

Se publica

**Miércoles
y Sábados,**

OTRA TERTULIA.

Luego que hubo cenado Lucifer, le sirvieron el enjuagatorio tres diablos negros con cabeza de gato y cuerpos de langosta; uno traía dos vasijas con aceite de vitriolo, otro una lanza para limpiar los entredientes, y el último una escoba grande de rama, con la cual refregó perfectamente la boca de su señor, y se la dejó mas limpia que bolsillo de cesante.

Concluida esta operacion, retiraron la mesa que estaba formada de una enorme piedra de mármol, sostenida por cuatro gastrónomos, que en la tierra habían sostenido en la suya á muchos haraganes, y fueron condenados á esta penalidad por haber defraudado con su glotonería los intereses de sus familias, y protegido la holganza de tantos aduladores. Un momento despues se prendieron cuatro enormes barriles de pólvora que hicieron retemblar toda la estancia, y con esta accion de gracias concluyeron las ceremonias.

— Es temprano todavía, dijo Luzbel, y

podeis llamar á los tertulios, pasaremos el rato hasta la hora de recogernos, y al mismo tiempo me enteraré de la gente que me rodea.

Los diablillos inclinaron la cabeza, y obedeciendo á su rey salieron á cumplir su mandato.

Tres campanadas sonaron; los condenados se reunieron, y la estancia fué ocupada en breve por la turba infernal. El Diablo tomó la palabra, segun costumbre, y habló de esta manera:

—Grande es el placer que experimento al ver reunidos á tantos hijos de mis entrañas; pero á pesar de esta sensacion agradable, recuerdo con dolor las lágrimas que por vuestra causa han vertido tantos desgraciados en la tierra. Ahora que estamos despacio, quiero saber de vuestra boca hasta qué punto érais perversos, para decir á los vivientes que habeis mejorado vuestra condicion en los infiernos; es decir, que nunca habeis sido mejor que en el estado de demonios. Vamos á ver, vosotros, los que estais agrupados á la derecha con las cabezas bajas como si fuérais dominicos,

qué ocupacion teníais en la tierra?

—La mas buena, señor, la mas santa. Dia y noche lo pasábamos en oracion, visitando los santos lugares; á la verdad que no sabemos por qué el Señor se ha irritado con nosotros.

—Hola! hola! érais beatos! cargue yo mismo conmigo si no sois peor que las viejas. Nada quiero con vosotros: sois intolerantes, ambiciosos, soberbios, vengativos y egoistas sin limites. Bien sabe Dios lo que se hace con no admitir ninguno en su Santa gloria, porque á fuer de celo por su Divinidad, todo lo teneis enredado; perseguís de muerte á vuestros hermanos, y teneis un corazon de pórvido. La familia que os rodea está condenada á sufrir vuestros caprichos, y la coartais imperiosamente la facultad de pensar, de decir y de hacer. Mojigatos! quién os creyera! no seré yo, á fé de Diablo, que ya tendré buen cuidado con vosotros para evitar las consecuencias de vuestras intenciones.

—Pero es posible, que estando dedicados al servicio de Dios, se haya este Señor encolerizado con nosotros?

—Sí, hipócritas! y va muy bien fundado, porque el verdadero servicio que haceis en la tierra, es á mi persona, desesperando á cuantos tienen la desgracia de estar á vuestras órdenes.

—Y vosotros, los de la cabellera rizada, por qué estais condenados á llevar siempre colgando de vuestras manos esos talegos de oro de un peso tan enorme?

—Para ver si con esto queda satisfecha nuestra ambicion.

—Pues á qué clase perteneciais?

—A los defraudadores de la hacienda pública.

—Ah, bribones! cuántos infelices habrán estado sudando noche y dia, para satisfacer vuestros deseos! Ya veo que esas talegas son de pequeñas dimensiones, y no estaria de mas llevarais otra á cada oreja, para que supiérais apreciar la carga del pobre labrador, y del artesano á quienes oprimíais con vuestros impuestos, á quienes reducíais sin piedad á la miseria,

para sostener vuestras carrozas y edificar soberbios edificios. No, no haya misericordia para vosotros, que tantas veces habeis insultado con vuestros festines escandalosos á la miseria pública, y despreciando el llanto de los desgraciados que imploraban vuestra benevolencia. Fatuos! no considerábais que aquellos eran vuestros verdaderos señores, y que si ocupábais tales puestos, eran solo debidos á su tolerancia? Acaso podiais estar orgullosos con el desempeño de vuestras funciones? De todos los condenados sois los que mejor mereceis el castigo. Harto habeis gozado en la tierra; no os lamenteis de vuestro destino, que todo no ha de ser almibar. Cuando tendidos groseramente en vuestras carretelas, atropellábais á los ciegos, á los tullidos, y aun á los sanos, ignorábais sin duda que las glorias y las penalidades no pueden ser perpétuas en la vida, y que todo el que se proporcione grandes goces, debe esperar unos padecimientos análogos?

—Qué moral está V., señor demonio, dijo un condenado.

—Calla tú, lobo marino, contestó Lucifer, modelo de los malos sirvientes, que á fuerza de administrar inicuaamente lo que no era tuyo, has concluido por ser el mayor propietario de la corte de España. Bien te has aprovechado de la tolerancia de tus señores! No sé por qué no te han pedido cuentas exactas de esa escandalosa adquisicion que has hecho desde que aquellos santos varones de la capucha fueron, á beneficio de un decreto, á buscarse su madre de Dios cada uno como pudo. Pero son tantos y tantos los que te acompañan, que si hubieran de pedirse cuentas de esta especie, pasarían la vida en un continuo rosario. Ea, dejadme por esta noche, porque ya me va entrando la modorra: mañana nos veremos y hablaremos mas despacio.

Con esto se concluyó la tertulia por aquella noche.

GRAN SESION.

Eran las seis de la mañana: todas las avenidas del infierno estaban tomadas por infinidad de curiosos á quienes contenian las tropas diabilesas del señor de aquellos dominios, situadas de antemano á las entradas de la eterna mansion: un piquete respetable de brujas guardaba sus puertas, mientras que en el interior se oia un ruido espantoso: miles de demonios chicos, unos con bata, otros con zagalejo, y algunos en camisa, se entretenian en encender millones de luces en el gran salon de sesiones, preparado durante la noche con soberbias colgaduras de filipichin, chaconada y cañamazó: se habia duplicado el número de botijos, porque, segun todas las probabilidades, la concurrencia debia ser numerosísima: con efecto, siete cañonazos anunciaron que eran las siete de la mañana, y en esta hora abriéronse al público las puertas del salon, que en dos minutos se llenó completamente: á la izquierda del sòlio de Satanás se habia construido otro mas bajo formado de serpientes y cucarachas, y sobre él se hallaba colocada la estatua de Felipe II: todos los diablos de grande uniforme se presentaron en sus respectivos asientos; las tribunas estaban cuajadas de gente, viéndose en una de las mas principales, una señora cubierta con un velo negro, que de vez en cuando dirigia la palabra á un difunto del año de 1833, que se hallaba á su lado: mientras se empujan y riñen por colocarse en buen sitio; mientras el murmullo crece y todo el mundo se empuja para ver mejor; y en fin, mientras Luzbel entra y se coloca en el trono, oigamos la conversacion que mantenian en la tribuna la señora y el difunto.

—Mujer! tú por aquí?—decia este—no te habia conocido!

—Silencio! no me comprometas; si el diablo sabe que estoy aquí, me echa el gancho sin remedio; pero esta vez le he burlado como otras muchas: he venido tan tapada, no solo para que no me conozcan, sino para oír lo que dice ese galopin de Felipe II, que me temo ha de ocuparse de mí y por cierto no poco tiempo.

—Ya lo creo! razón tienes en temerlo; pero volviendo á mi tema ¿quién te habia de conocer? estás muy lujosa, muy gruesa, frescachona...

—No que no! tales *pasteles* me como y tal me cuido en el otro mundo: allí, chico, es menester andar en un pié como las grullas, porque el que no parece perece...

Un temblor de infierno espantoso interrumpió á los interlocutores: era la señal de que Satanás entraba en el gran salon de sesiones: los espectadores se arremolinaron para verle, saliendo un grito unánime de todas las bocas —¡viva el demonio!—que viva.....—respondieron los botijos y las serpientes.

Restablecida un tanto la calma, y despues que Luzbel hubo hecho veinte y cuatro cortesias con la punta del rabo, declaró abierta la sesion: volviéndose en seguida hácia la estatua, y con voz de trueno la dijo:

—Cobra vida y aliento Felipe II de España: yo te lo mando.

La estatua, como si tornase de un pesado letargo, empezó muy despacio á mover los brazos; luego alzó la cabeza, abrió los ojos y por último exclamó exhalando un profundísimo suspiro:

—Dónde estoy?

—En el infierno.

—Y con quién hablo?

—Con su rey.

—Perdonadme, señor...

—Basta! tutéame, querido; te doy facultades para ello: fuiste rey en el mundo y los reyes de la tierra pueden tutearme porque al fin somos compañeros: vamos! habla.

—Qué quieres que diga?

—Todo lo que hayas visto desde tu sitio de la plaza de Oriente: todo lo que hayas oído, ó lo que hayas querido oír.

—Ay! si á contar fuera los sucesos que he presenciado! las entradas y salidas, los dimes y diretes, las carreras, los chismes, las anomalias!

—Y bien, qué te lo impide? habla.

—No puedo.

—Habla ó te tiro un botijo.

—Pues señor, óyeme! á principios del año pasado, y en una noche de primavera—eran las dos de la mañana—ví pasar por delante de mí una señora, por señas que iba á pié y seguida de un lacayon...

La dama de la tribuna se puso el abanico delante de la cara.

—Entró por una puerta que hay enfrente de mí... y... y...

—Continúa!

—No puedo!

—Sigue!

—No quiero.

—Pronto!

—No me dá la gana.

—Coo que así te rebelas contra mi autoridad?

—Me rebelo porque hoy corre ese maldito aire llamado de Filipinas, ó... Chafarinas... ó Marianas, ó en fin de qué se yo qué, y me está molestando demasiado; si quieres te contaré otra cosa.

—Dila, pues!

—Una tarde de este verano al oscurecer, se sentaron á mi lado en la plaza de Oriente dos hombres de edad provecta... ¿sabes tú lo que es provecta?

—Qué ganso eres, Felipito! provecta, significa cesantía.

—Justamente, los dos eran cesantes: uno del ramo de hacienda y otro del de gracia y justicia: encendieron un cigarrillo de papel, y mano á mano entablaron la siguiente conversacion:—Ha visto, V., Sr. D. Caralampio—dijo uno—el estado á que hemos venido? los hombres inteligentes que han encanecido en...—aquí bajaron la voz y no pude entender mas.

—Sigue, Felipe, que te vas luciendo, ¿es eso todo lo que hablaron?

—Qué disparate! mucho mas; pero como soy algo teniente!

—Continúa!

—Pues señor, no hará quizás doce dias que á cosa de las doce de la noche pasaron tres hombres delante de mí en animada conversacion: segun supe despues, uno era mercachifle de la calle de Postas, otro aposentador de Palacio, y el último zapatero de cámara de S. M.: mientras estuvieron parados cerca de mi sitio, les oí decir lo que te voy á contar.—¿Sabes, mercachifle—hablaba el aposentador—que vas á hacerte rico dentro de poco? Amigo, amigo, las alcantarillas sirven de mucho en este Madrid! lo mismo que ratones pasan y repasan los fardos subterráneamente que es un contento; así es, que ahorrándose de este modo inmensos gastos, y vendiendo luego los géneros á un precio tan subido, en poco tiempo os hareis unos ricachos completos.—No hables, aposentador, le respondió el mercader, ¿pues y tú? Dónde hay destino mas bonito que el tuyo? Tienes carruaje á tu disposicion, un buen sueldo, mannos puercas, y por apéndice los restos de la

comida de la reina.—Cómo los restos?—Ya lo creo! piensas que no lo sé? bien que por otra parte no deberian llamarse restos, porque casi siempre de la mesa de S. M. salen los platos intactos para pasar á tu despensa; y dí, qué haces con tanta comida? la tiras?—Ya que lo sabes, querido amigo, te diré la verdad: este es uno de los principales gajes del oficio, y casi el que me es mas lucrativo: esos platos se venden con mucha estima, bien á las fondas, bien á muchos tontos particulares que tienen la necesidad de cfeer que en las cocinas de palacio se guisa como en ninguna parte del mundo.—No es solamente por eso—dijo el zapatero—sino por tener el orgullo de comer lo que estaba preparado para la reina.—No hables tú, zapatero—replicó el aposentador—pues no eres tú de los que menos partido sacan: creen las gentes que porque en una puerta se lea: *Zapatero de S. M.: Salchichero de S. M.: Pollero de S. M.: Sombrero de cámara: Peluquero de cámara*, en ningun otro establecimiento se hacen zapatos, sombreros, rizos, salchichas, ni se venden pollos mejores ni mas baratos: ignoran tal vez que esos escudos de armas que hay sobre las puertas no se han ganado en justa oposicion, sino á favor de mil empeños y relaciones: así es, que acuden como moscas á surtirse á los reales establecimientos, en la creencia de que van á salir perfectamente librados en condicion y baratura, y quizás llevan géneros de opuestas circunstancias.—Es verdad! es verdad! replicó el mercachifle.—Una risotada unánime y general me demostró que los tres se conocian perfectamente y cuando los ví marcharse en alegre broma, dije para mí: «pobre mundo! no te llevas mas que de oropel y de ilusiones.»

Aquí calló Felipe II, y el Diablo mirándole de hito en hito, le dijo al fin.

—Cuenta otra cosa.

—No sé mas, ó si lo sé no puedo referirlo.

Un murmullo sordo se levantó en la asamblea: muchas voces salieron de los botijos diciendo: «Que hable, que hable! tanta bulla para nada, cuando creíamos que iba á contarnos muchas cosas buenas; que hable!»

—Ya lo vés, Felipe—replicó el Diablo—el público se impacienta: ha venido á oír de tu boca secretos espantosos y no debes burlar su creencia; con que habla.

—Me es imposible!

Nuevos gritos resonaron en la asamblea.

—Muer! dijeron algunos.

—Habla—prosiguió el Diablo—ó por vida de quince mil demonios que te has de arrepentir.

—Haz lo que quieras Satan amigo—murmuró Felipe—todos los cuentos y sucedidos que pudiera referirte pican demasiado y no me atrevo á esponerme á un desaguisado en el otro mundo: si mi posicion no fuera *tan pública*, yo te diría todas las picardías, secretillos, entradas y salidas que he visto; pero temo un desastre y debo y quiero callar.

Con esta aclaracion no pudo ya contenerse el público: oleadas de gente se dirigian á destruir la estatua, cuando el demonio, conociendo que se iba á armar una de todos los diablos, bajó de repente de su trono y agarrando á Felipe por la cintura le dijo:

—Con que no quieres hablar?

—No.

—Lo has pensado bien?

—Sí.

—Estás decidido á ello?

—Sí.

—Pues, toma, tunante!

Diciendo así le levantó en el aire, y tirándolo con todas fuerzas desapareció de la vista del público: al minuto, como si una mano maestra le colocase, cayó la estatua sobre su pedestal de la plaza de Oriente.

Quitado ya de enmedio el motivo del disgusto, y viendo Satanás que la gente no despejaba el salon, empezó á *rabazos* con todo el mundo y en un instante quedó solitario el recinto: la señora de la tribuna, sin despedirse de su compañero desapareció tambien; pero cuando ella creia que nadie la habia conocido, al salir por la puerta principal del infierno, una voz la dijo á la espalda.

—Abur! Abur! te dejo marchar, porque tengo la seguridad de que algun dia vendrás para siempre.

La señora volvió la cara algo asustada, aunque no mucho, y vió en lo oscuro á un diablazo que se reía con todas sus fuerzas: se acercó á reconocerle y era... Luzbel...

EL DIABLO INCOMODADO.

Estraño era ver en todas las salas, ante-

salas, cámaras y antecámaras del infierno porcion de grupos de diablillos, hablando misteriosamente y con voz apenas perceptible.

—Qué hay?—decian unos.

—Silencio! contestaban otros.—S. M. ha venido muy incomodado.

—Y por qué?

—No se sabe: trae una cara de demonio insoportable; un ceño furibundo, capaz de intimidar al diablo mas valiente de la cuadrilla.

—Pero qué será ello? habrá tenido alguna reyerta con los ministros de España?

—Quién sabe!

—Habrá refuido con el emperador de Rusia?

—Puede ser.

—Habrá tenido alguna trapisonda con el general Cavaignac?

—Tambien es posible.

—Estas y otras semejantes conjeturas estaban haciendo los familiares del rey de los demonios, cuando sonó la gran campana del salon de embajadores: todos se apresuraron á ocupar en él sus respectivos botijos, y á poco vieron entrar á S. M. infernal con hocico de cerdo gallego y un entrecejo inglés con ribetes de ruso: á semejante aspecto temblaron hasta los mas animosos, pues sabian, por experiencia propia, los humos que suele gastar de cuando en cuando su dueño y señor; sin embargo, el secretario, que tiene con él alguna intimidad, nacida de un trapicheo amoroso que tuvieron juntos, se atrevió á dirigirle la palabra.

—Qué trae vuesañoría, que tan mal encarado viene?

El Diablo, mirándole un breve espacio y con la mayor atencion le contestó al fin.

—Traigo... traigo... si señor, traigo lo que traigo.

Esta respuesta anonadó al secretario.

—Traigo—prosiguió el diablo á poco—un humor endiablado: figuraos, mis queridos súbditos, que hoy me metí en la capital de las Españas, con objeto de hacerme partidarios; de buscar gente que traer á los infiernos, y con efecto, no perdí el tiempo; ya tenia preparados á mas de cuarenta y tantas personas entre hombres y mujeres, cuando héte que sus ángeles respectivos empiezan á intrigar para que se fueran á oír el sermón que predicaba en Santo Tomas un eclesiástico gordito y bien cuidado, que se llama D. Pablo

Martínez Plaza: entonces se trabó una lucha horrible entre los deseos que yo les había indicado y los que recibieron después, resultando de ello que todos se encaminaron hacia la iglesia; yo me fui detrás y me soplé en un confesonario, persuadido de que al fin me saldría con mi intento; empezó el sermón y... amigos míos, me equivoqué; el orador que he citado, hombre de conciencia y persuasiva, demostró á los circunstantes ciertas y ciertas truhanadas mías, con tal precisión y claridad y con razones tan sencillas al par que convincentes, que á pesar de mis esfuerzos he perdido el pleito: ¡Oh! me la ha de pagar el tal predicador! yo le haré pasar malos ratos! Sin embargo—y esto se queda para nosotros—confieso que es hombre que lo entiende: posee las dotes que se necesitan para la oratoria sagrada—talento, instrucción, conocimiento sumo de su religión, y persuasiva—así no extraño que el templo esté concurridísimo cuando se anuncian sus sermones: en esta confesión paladina que hago del mérito de un rival mío, conoceréis mi honradez y buena fé; pero esto no obsta para que yo esté rabiando con el Sr. Martínez Plaza, que ha sido principalmente el que me ha robado las almas que ya tenía conquistadas: pero, como dijo el otro, mas días hay que ollas: veremos quién es más fuerte de los dos.

En este momento se abrió con estrépito la puerta del salón y un diablo ugier anunció:

—Un condenado!

—Adelante! —contestó el demonio —¿quién eres? prosiguió—al ver entrar una figurilla de hombre con la cara turbada y señales inequívocas de tonto.

—Soy, señor Luzbel, un vivo que viene á pedir os protección.

—Cómo te llamas?

—José Puerto del Puerto, Puerto y Puerto.

—Hombre! eso es lo mismo que si te llamas José Navacerrada de Guadarrama, Somosierra y Descarga.

—Justamente; los cuatro son puertos también: por este último debió haberme arrojado mi madre al nacer, y no me vería hoy en el grandísimo compromiso en que me veo.

—Pues qué te pasa?

—Después que me dediqué al honroso oficio de trovador de infantas, en el que, la verdad, cometí muchísimos disparates—vulgo barbaridades—he tenido la desgracia de

que el gobierno en premio de mis orinales—vulgo servicios—me haya nombrado juez de primera instancia de Bribiesca: he aceptado porque... en fin, porque algo se chupa; pero no me encuentro idóneo para desempeñarlo, y en este caso acudo á vos para que tengáis la bondad de ayudarme en los ratos que podáis.

—Y qué me darás por ello?

—Os daré un madrigal.

—Qué has dicho?

—Una anacreóntica, si nó: y si tampoco os acomoda una décima en verso.

—No, amigo mío: fuera un precio escusivo: tus poesías valen mucho: me contento con que me regales la primera sentencia que dictes, regularmente merecerás por ella la eterna condenación y eso es lo que yo deseo: vamos, marcha que luego iré á visitarte.

El Sr. de Puerto, Puerto, Puerto y Puerto hizo un reverendo saludo y salió: en seguida se cerró la sesión: eran las ocho de la noche.

EL ULTIMO SUSPIRO.

Leyenda que escribe y dedica EL DIABLO á su buen amigo D. F. DE P. RICO.

~~~~~

En una calle desierta  
de la ciudad de Toledo,  
si no con señas de miedo,  
con notable precaución;

A las dos de la mañana  
de una noche oscura y fría,  
un caballero se via  
embozado en un rincón:

Blanca pluma en el sombrero,  
ropilla negra y valona,  
luciente y larga tizona  
y escarcela y un puñal.

Eran todos los adornos  
mas lujosos que estentaba  
aquel hombre que no daba  
de movimiento señal.

Tan solo de vez en cuando  
levantaba, en sus enojos,  
pausadamente los ojos  
y con ansiedad cruel,

Los posaba en las ventanas  
de una casa bien sombría  
y antiquísima que había  
enfrente por frente de él.

Dos horas largas pasaron  
y en la calleja desierta  
no se abrió ninguna puerta  
ni una ventana se abrió;

Y ya el galán fatigado  
de aguardar inútilmente,  
echando á andar de repente  
entre dientes murmuró:

«¡Tampoco!!! infeliz el hombre  
que en su ilusión y locura,  
sua gloria y su ventura  
al amor de una mujer...!»

Mujeres!!! así son todas!  
siempre nos dan con exceso  
mil martirios por un beso,  
mil penas por un placer...»

Y así diciendo á sus solas  
y acelerando los pasos,  
cincuenta no mas escasos  
quizás no habria andado aun,

Cuando topó con un bulto  
que al fin de la calle habia  
y á quien tal vez conocia  
porque le dijo—Fortun!

—Señor!—¿dónde están los caballos?

—A la vuelta, en la plazuela...

—Pues corre al momento, vuela...  
como el rayo hemos de ir.

Cuatro noches de vigilia!  
cuatro noches de amargura,  
de agitacion y locura...

Oh! ya basta de sufrir!—

Llegaron á la plazuela  
y sobre un corcel ligero  
saltó el mancebo altanero,  
con ceño de Lucifer;

Y de su page seguido  
tomando la cuesta abajo,  
por las orillas del Tajo  
dieron los dos á correr.

(Continuará.)

## TIZONAZOS.

Si será de intento?—El jueves último, en que por desgracia un amigo nuestro se vió en la necesidad de pasar á la administracion de rentas, sita en los consejos, estuvo á punto de romperse una pierna por la falta, desde tiempo inmemorial, de una docena de baldosas en el pasillo ó callejon que conduce á la portería de dicha oficina: repuesto un poco del susto, continuó su camino, y ya

dentro de la citada portería, tropezó con otro ladrillo que estaba levantado, el cual volviéndose, le deshizo medio pié derecho: la grandísima oscuridad que hay en tales piezas, es motivo bastante para ocasionar estos tropezos; pero ya que sea irremediable, sin duda porque el que las distribuyó era poco amigo de las luces, compóngase al menos el piso para evitar un desagradable accidente, á no ser que esté preparado así de intento para que los pretendientes se rompan las piernas y no vuelvan á molestar á los empleados, en cuyo caso nada tenemos que decir, sino que es uno de los adelantos del siglo.

Quisiéramos que por la autoridad competente se prohibiera que los niños hagan en medio de las aceras ciertas necesidades corporales no muy aromáticas: esto podria evitarse encargando á los padres ó niñeras suma vigilancia, pues no solo es repugnante á la vista y contrario al *ornato público*, sino que están las señoras espuestas á cada momento á recoger con sus vestidos los recrementos de la infancia descuidada: esto sucede actualmente en las calles mas concurridas y principales, sin que haya un salvaguardia que aunque sin órdenes para ello, lo evite siquiera sea por la decencia pública.

Los quintos del último sorteo andan por esas calles de Dios aturdiendo con sus guitarillos, y recogiendo no pequeñas limosnas, para ir despues á llorar su suerte al templo de Baco.

Ayer á las siete de la mañana por estar una vela muy inmediata, se prendió fuego en la parroquia de S. Martin al vestido de una vírgen: por muy pronto que acudieron los fieles, sacristanes y monaguillos, no se consiguió apagarlo, y la efígie se redujo á cenizas. ¡Válganos Dios! ni aun los santos han de estar en estos tiempos *asegurados* de incendios.

Esta noche trabajan en la Cruz Mister Macallister y su señora: entre las suertes mas notables hará esta la del *descanso aéreo*, que consistirá en quedar suspendida en el aire cuatro ó cinco minutos, apoyada solamente en un baston colocado debajo del brazo derecho: sin embargo, no faltan maliciosos que

aseguran que por apéndice invisible tendrá la señora un cinturón con un gancho, al cual agarrará un alambre sujeto al telar del escenario: ¡cuántas mentiras se dicen en el mundo!!!

El jueves anterior se representó en el teatro del Instituto la comedia titulada: *Es un niño* en la que la apreciable actriz doña Margarita Montero, desempeñando el papel de duque de Richelieu, mereció justos y repetidos aplausos. Después se estrenó la pieza en un acto titulada: *Un bofetón y... soy dichosa!* arreglada por D. Juan del Peral; fuera de algunos chistes, aunque escasos, que tiene, su argumento no ofrece novedad alguna, si se exceptúa una no pequeña dosis de inmoralidad: el final está muy precipitado, y se resiente de cansancio ó descuido en la traducción; por todo lo cual el público la recibió friamente: en la ejecución se distinguieron la Sra. Flores y el Sr. Caltañazor, aunque su papel no le ofrecía campo para poder lucir sus excelentes facultades artísticas.

Cierta jóven que, según creemos, vive en el número 23 de la calle del Lobo, se ha ofendido estremadamente del artículo titulado *Gente nueva* de nuestro número anterior, por figurarse sin duda que hacía referencia á su movilizadísima persona, en el párrafo que hablaba de una cochina de la calle del Lobo. Para tranquilizar su susceptibilidad, deberemos decirle que en esta calle viven, como sabe, mas de cien hijas de Eva, dedicadas á la caza de gangas, y que por consiguiente puede haber tocado la china á otra cualquiera: cesen, pues, su alarma y su disgusto con esta aclaración, en concepto que nosotros nunca hemos pensado en manchar su reputación, ni en ajar sus cualidades buenas ó malas.

En una calleja de Lavapiés, cuyo nombre no recordamos, hemos leído ayer á la puerta de una taberna, bodegón y tienda de aceite y vinagre, el letrero siguiente:

«se vende ha qui CochoLate De Vilbado conharoz i guebos. bino de Tynto gabansos y FideDos ñinos. se gisa para hoMbres de Comer hi se dá cerbiyeta limpia toos los días, menos Los SabaDos. A cuatro cuatos el cuartillo»

Y se atreverán con este anuncio á seguir

su contienda calográfica los señores Nieto y Alverá?

Esta noche se pone en escena en el teatro del Príncipe, la comedia de D. M. Breton de los Herreros titulada—*Memorias de Juan García*.

#### Solucion á la charada inserta en el núm. 4 de EL DIABLO.

Si es tu Celinda adorada,  
bonita, cual tu charada,  
por cierto que estarás hueco,  
y mucho mas si estasiada  
de tu voz escucha el eco.

Mas ¡ay! nunca á la mujer  
se la puede comprender;  
dice que sí, por capricho,  
y si te lo dijo ayer,  
hoy en no torna su dicho.

Que te se demuestra fría...  
si puedes decir fué mía,  
no la ruegues, no señor,  
que algo mas de ECONOMIA  
podrás tener sin su amor.

EL MEMO DE CINCO AÑOS.

#### Solucion al enigma del núm. 4 de EL DIABLO.

Pálido, chato y enjuto  
dices que eres, si lo creo;  
y es tu mayor atributo  
dar sustento al pobre, al feo,  
al tonto, al sabio, al astuto,  
lo mismo aquí que en Bermeo,  
y has hecho á mas de un borrico  
PAN-aduro, noble y—  
RICO.

#### EPIGRAMA,

Dí al colchonero Simon  
—mandó Inés á Soledad—  
que venga sin dilación;  
pues tengo necesidad  
de hablarle sobre un colchon.

F.

Madrid.—1848.—Imprenta de José María Ducazcal,  
Plaza de Isabel II, núm. 6.